

9572

OSCAR WILDE

Manuel...
...
...

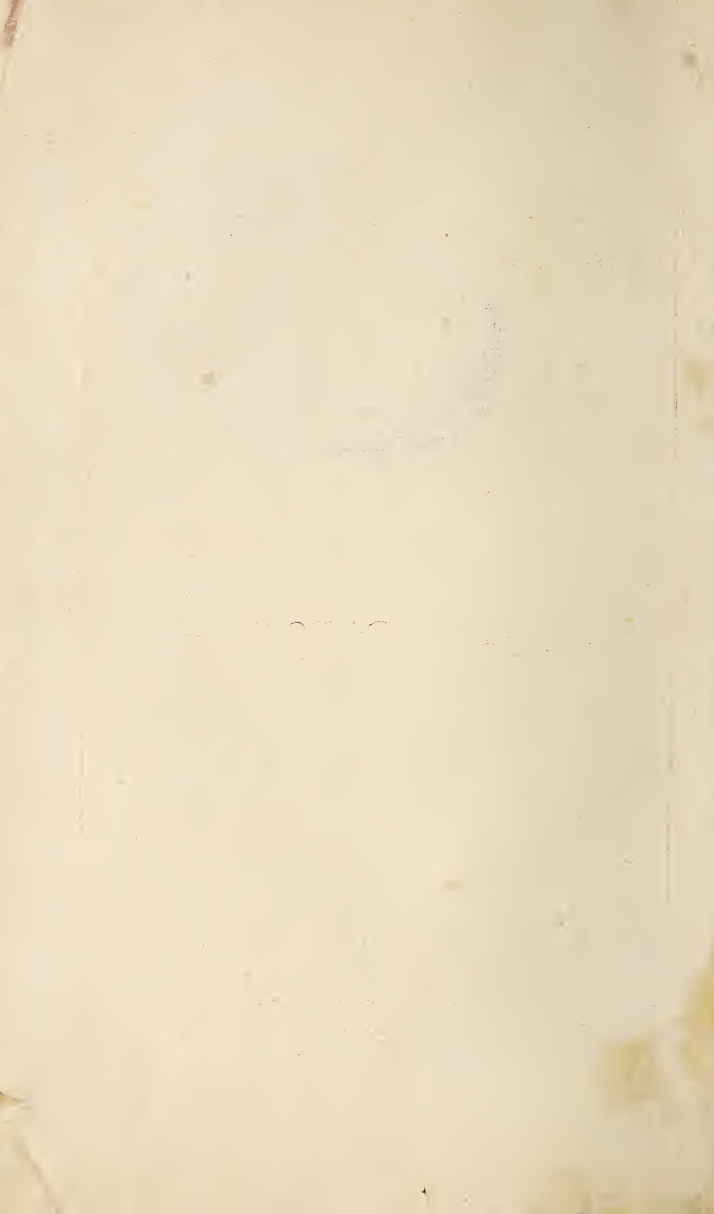
Salomé



Edición de la Revista "Nosotros"

BUENOS AIRES
1910

/





SALOMÉ

25-1155-



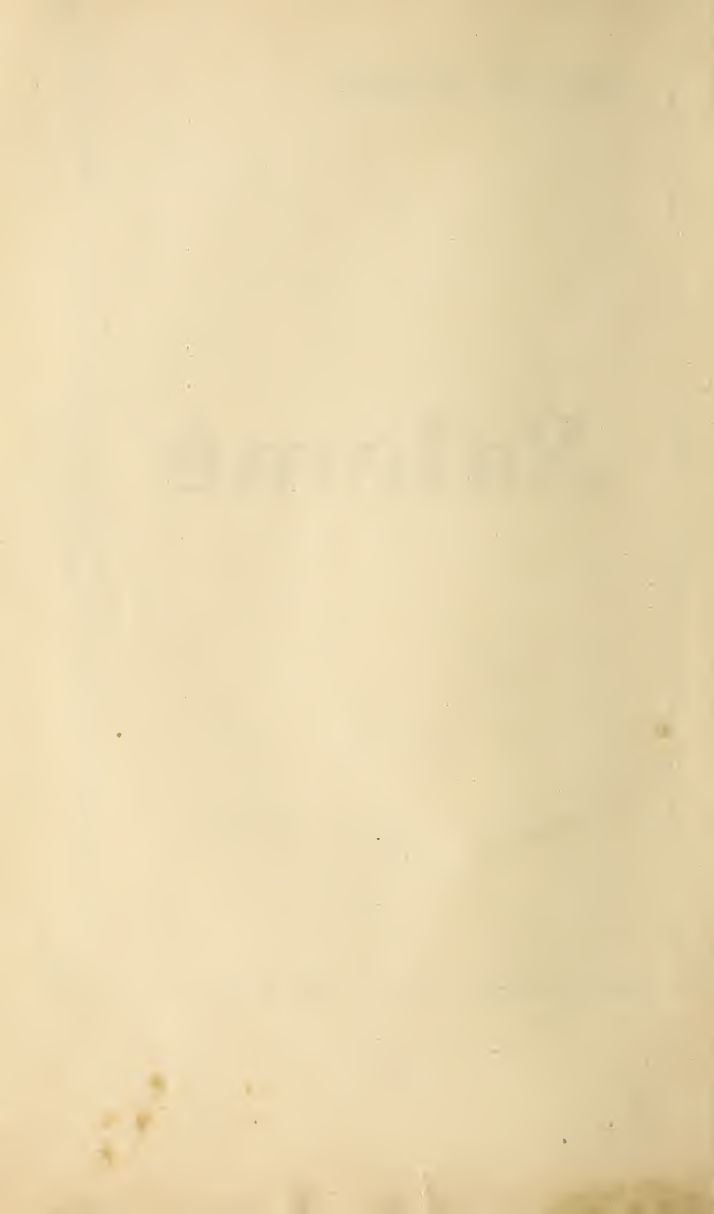
Digitized by the Internet Archive
in 2015

OSCAR WILDE

Salomé

Edición de la Revista "Nosotros"

BUENOS AIRES
1910



PERSONAJES

Herodes. tetrarca de Judea.

Herodias, mujer del tetrarca.

Salomé, hija de Herodias.

Iokanaan, el profeta.

Narraboth.

El paje de Herodias.

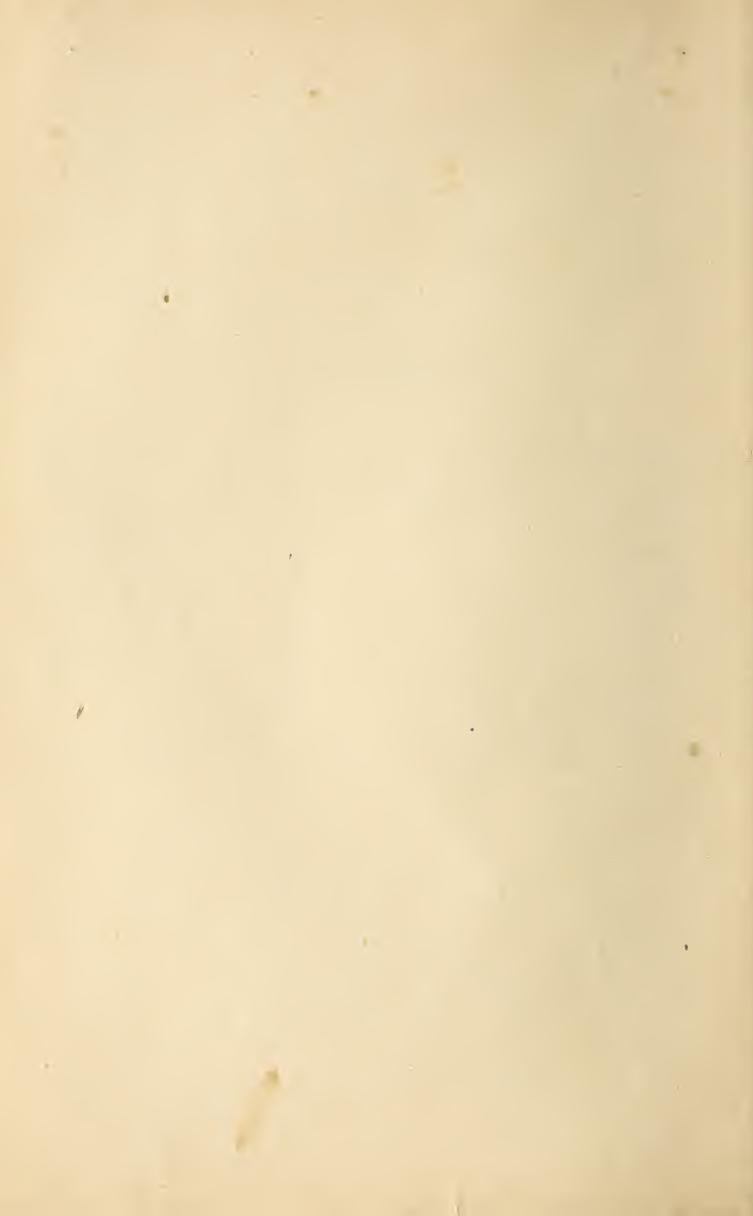
5 judíos.

2 nazarenos.

1 capadocio.

1 esclavo.

La escena en Jerusalén, en la terraza del palacio de Herodes.



SALOMÉ

ESCENA I

(Una gran terraza en el palacio de Herodes, frente á la sala del banquete. Algunos soldados están inclinados en el balcón. A la derecha hay una gran escalera; á la izquierda en el fondo, una vieja cisterna rodeada de un muro de bronce. Claro de luna.)

NARRABOTH. — ¡Más bella que nunca está la Princesa Salomé, esta noche!

EL PAJE DE HERODIAS. — Mira la luna qué serena y extraña. Se piensa en una pálida mujer surgiendo espectralmente de una tumba.

NARRABOTH. — Sí, la luna es rara. Parece una princesa cuyos pies son dos blancos palomos... Se diría que danza.

EL PAJE DE HERODIAS — Es como una muerta. Pasa muy lentamente.

Ruido en la sala del festín).

PRIMER SOLDADO. — ¡Qué tumulto de voces!
¿Quiénes son esos lobos que ahullan?

SEGUNDO SOLDADO. — Los judíos. Siempre los oirás así. Discuten su religión.

PRIMER SOLDADO. — ¿No es ridículo discutir esas cosas?

NARRABOTH. — ¡Más bella que nunca está la Princesa Salomé, esta noche! ¡Más bella que nunca!

EL PAJE DE HERODIAS. — La miras siempre; la miras demasiado! No es bueno usar de tanta insistencia en las miradas... Puede venir una desgracia.

NARRABOTH. — Muy bella está esta noche Salomé.

PRIMER SOLDADO. — El tetrarca, en cambio, tiene el rostro sombrío.

PRIMER SOLDADO. — Sí, tiene el rostro sombrío.

PRIMER SOLDADO. — ¿A quién mira?

SEGUNDO SOLDADO. — No sé, no puedo saberlo.

NARRABOTH. — ¡Qué pálida está Salomé! Nunca la ví tan pálida. Es como el blanco reflejo de una blanca rosa en la plata de un espejo.

EL PAJE. — ¡La miras demasiado! Te ruego que no la mires más. Vuelve los ojos.

LA VOZ DE IOKANAAN. — (En la cisterna). — Vendrá otro más poderoso detrás de mí. Mis manos no son dignas; no son dignas! de desatar las correas que anudan sus sandalias. Llegará y la tierra desierta se regocijará. Llegará y verán los ciegos la claridad del día. Llegará y los oídos de los sordos se abrirán al ruido.

SEGUNDO SOLDADO. — Hazle callar. Dice cosas absurdas.

PRIMER SOLDADO. — No; es un santo y su espíritu es suave. Todos los días le llevo su pan y siempre me dá las gracias.

UN CAPADOCIO. — ¿Quién es?

PRIMER SOLDADO. — Un profeta.

UN CAPADOCIO. — ¿Cómo se llama?

PRIMER SOLDADO. — Iokanaan.

UN CAPADOCIO. — ¿De dónde viene?

PRIMER SOLDADO. — Del desierto y le seguían muchos discípulos atentos á sus palabras.

UN CAPADOCIO. — ¿Y de qué habla?

PRIMER SOLDADO. — No sé; no le comprendo.

UN CAPADOCIO. — Quisiera verle.

PRIMER SOLDADO. — El tetrarca no lo permite. No es posible.

NARRABOTH. — ¡He aquí que la Princesa se levanta y abandona la mesa del festín! ¡Viene hacia nosotros.

EL PAJE. — No la mires.

NARRABOTH. — ¡Se acerca! ¡se acerca!

EL PAJE. — No la mires demasiado, te lo suplico.

NARRABOTH. — Es como una paloma que vaga perdida.

ESCENA II

(Entra Salemé)

SALOMÉ. — No quiero quedarme más allí; no puedo. ¿Por qué el tetrarca no levanta de mi rostro la

mirada de sus ojos de topo entumecido bajo los párpados palpitantes?... Me asombra que el marido de mi madre me mire así. ¡Qué fresca sutil y serenadora hay aquí! Pero adentro, en un ambiente torpe hay judíos de Jerusalén, que se amenazan y se injurian y todo por sus ceremonias ridículas; hay egipcios astutos y silenciosos y romanos que arrastran su pesadez, su lenguaje de campamento. ¡Me repugnan los romanos!

EL PAJE. — ¡Oh! ¿por qué mirarla? Siento que una desgracia se acerca.

SALOME. — ¡Qué grata dulzura ver la luna! Parece una florecilla de plata fría y casta, fría y casta. Tiene la belleza de una virgen... Sí, es una virgen.

LA VOZ DE IOKANAAN. — ¡Llegó el Señor! ¡El hijo del Hombre llegó!

SALOME. — ¿Quién gritó?

SEGUNDO SOLDADO. — El profeta, Princesa.

SALOME. — ¡Ah! el profeta... ¿Aquel á quien teme el tetrarca?

SEGUNDO SOLDADO. — Sólo sabemos que es el profeta Iokanaan; nada más, Princesa.

NARRABOTH. — ¿Quiéres que llame la litera, Princesa? La noche embellece el jardín.

SALOME. — Habla de mi madre, ¿no es cierto? Creo que dice de ella algo abominable.

SEGUNDO SOLDADO. — Jamás comprendemos sus palabras.

SALOME. — Yo lo sé. Algo abominable dice de ella.

UN ESCLAVO. — (Entrando)—Princesa, el tetrarca te suplica que vuelvas al festín.

SALOME. — No volveré.

(El esclavo sale)

SALOME. — El profeta es un viejo, ¿no es cierto?

NARRABOTH. — (Insistiendo) Valdría más volver... Permíteme que te acompañe.

SALOME. — ¿Es un viejo... el profeta?

PRIMER SOLDADO. — No Princesa, un joven.

LA VOZ DE IOKANAAN. — No te regocijes tierra de Palestina porque se haya quebrado la vara que te castigaba: de la raza de la serpiente saldrá un basilisco y lo que nazca de él devorará los pájaros.

SALOME. — ¡Qué voz extraña! Quisiera hablarle.

SEGUNDO SOLDADO. — El tetrarca ha prohibido que se le hable. Aun al gran sacerdote lo ha prohibido.

SALOME. — Quiero hablarle.

SEGUNDO SOLDADO. — ¡Inútil deseo, princesa!

SALOME. — (Con violencia).—Lo quiero. Haz salir al profeta.

SEGUNDO SOLDADO. — No nos atrevemos...

SALOME. — (Acercándose á la cisterna y mirando en ella)—¡Qué horrible tiniebla! ¡Miserable del arrojado en esta horrible tiniebla! Parece una tumba sin fin... (á los soldados, airada). ¿No oísteis? ¡Hacedle salir! Quiero verle.

PRIMER SOLDADO. — Por piedad, princesa, no nos pidas eso.

SALOME. — (Mirando al joven sirio)—¡Ah!

EL PAJE. — ¿Qué va á suceder? Una gran desgracia por cierto.

SALOME. — (Acercándose al joven sirio)—¿Lo harás por mí, ¿no es cierto, Narraboth? Siempre te fuí benigna. ¿Lo harás por mí? Quiero mirarle solamente.

¡Tanto se habla de él! Creo que el tetrarca le teme...

NARRABOTH. — El tetrarca ha prohibido severamente que se levanten las barras de su cisterna.

SALOME. — Lo harás por mí, Narraboth; y mañana cuando pase reclinada en las sedas de mi litera bajo la puerta de los mercaderes, tal vez deje caer una flor, tal vez deje caer una flor verde.

NARRABOTH. — No puedo; siento que es imposible.

SALOME. — (Sonriendo)—Lo harás por mí, Narraboth (con decisión). Tú lo sabes también, tú lo sabes que harás eso por mí. Y mañana te miraré á través de los velos de muselina, Narraboth, y quién sabe si no te sonreiré... ¡Mírame! Tú sabes que harás lo que te pida... Y yo también lo sé.

NARRABOTH. — (Haciendo un signo al segundo soldado).—Haz salir al profeta... La princesa Salomé quiere verlo.

SALOME. — ¡Ah!

(El profeta sale de la cisterna)

mido de cadenas.

ESCENA III

(Salomé le mira y retrocede).

IOKANAAN. — ¿Dónde está aquél cuya copa de abominaciones rebosa ya? ¿Dónde está aquél que un día morirá delante de su pueblo clamoroso envuelto en una túnica de plata? Id á decirle que se acerque y oiga la voz de quien clamaba en los desiertos y en la opulenta casa de los reyes.

SALOME. — ¿De quién está hablando?

NARRABOTH. — Jamás se sabe, princesa.

IOKANAAN. — ¿Dónde está aquella que mirando á hombres pintados en la piedra de los muros se sumergió en el hambre de sus ojos y á la Caldea enviaba embajadores?

SALOME. — Habla de mi madre.

NARRABOTH. — No, princesa, no.

SALOME. — Sí, es de mi madre.

IOKANAAN. — ¿Dónde está aquella que se abandonaba á los jefes asirios? ¿Dónde está aquella que se entregó á los jóvenes de Egipto, vestidos de albo lino y de jacinto que llevan en los brazos broquel de oro y en la cabeza un gran casco de plata...? Que se levante al fin de su impudencia, de su lecho incestuoso, y oiga las palabras del que vino á preparar la senda del Señor, que se levante y se arrepienta; y aunque no se arrepienta más, que venga porque el Señor levanta la inevitable vara del castigo.

SALOME. — Su palabra es terrible, terrible él mismo.

NARRABOTH. — No te quedes aquí, te lo pido.

SALOME. — Sus ojos, sobre todo son terribles. Se dirían negras cavernas donde se agitan serpientes. O negros lagos turbados por lunas fantásticas... ¿Crees que volverá á hablar?

NARRABOTH. — (Insistiendo)—Te ruego que te alejes, princesa; no permanezcas aquí un momento más.

SALOME. — ¡Y qué flaco también! ¿No es como una delicada imagen de marfil? Estoy segura de que es tan casto como la luna. Su carne debe ser fría... fría como el marfil... Quiero mirarle de cerca.

NARRABOTH. — No, no, nunca!

SALOME. — ¡Quiero mirarle de cerca!

NARRABOTH. — ¡Princesa! ¡princesa!

IOKANAAN. — ¿Quién es esta mujer que viene á verme? ¡No quiero que me mire! ¿Por qué me mira con sus grandes ojos de oro bajo los párpados dorados? No sé quien es y ¿para qué saberlo? Decidle que se vaya. No es ella, no hablo á ella,

SALOME. — Soy Salomé, la hija de Herodias, princesa de Judea.

IOKANAAN. — ¡Hija de Babilonia, atrás, atrás! No te acerques al hombre del Señor, electo del Señor. Tu madre henchió la tierra con el vino de sus iniquidades y el tumultuoso grito de sus culpas lo ha oído Dios.

SALOME. — ¡Habla, habla, Iokanaan! Tu voz me embriaga.

NARRABOTH. — ¡Princesa! ¡princesa! ¡princesa!

SALOME. — Iokanaan, habla otra vez, dime qué debo hacer.

IOKANAAN. — ¡Oh, hija de Sodoma, no te acerques! Cúbrate el rostro un velo y la ceniza tu cabellera inunde, y vé al desierto y en su aridez pregunta por el hijo del Hombre. ¡Vé al desierto!

SALOME. — ¿Quién es el hijo del Hombre? ¿Es tan bello como tú, Iokanaan?

IOKANAAN. — ¡Atrás! Oigo agitarse en el palacio las alas del arcángel de la muerte.

SALOME. — ¡Iokanaan!

NARRABOTH — Te ruego que vuelvas, princesa!

SALOME. — ¡Iokanaan! Estoy enamorada de tu cuerpo. Blanco es tu cuerpo, como el lirio de un prado que ningún segador ha segado todavía. Blanco es tu cuerpo como la nieve que amortaja á las montañas de Judea. Las rosas del Jardín de la reina de Arabia son

menos blancas que tu cuerpo. Ni las rosas de la reina de Arabia, ni los pies de la aurora sobre las hojas, ni el seno de la luna recostado sobre el seno del mar... Nada hay en el mundo tan blanco como tu cuerpo... ¡Déjame tocar tu cuerpo!

IOKANAAN. — ¡Atrás, hija de Babilonia! La mujer trajo el pecado al mundo. No me hables. No te escucho. Sólo el verbo del Señor Dios recogen mis oídos.

SALOME. — Repugnante es tu cuerpo. Es como el cuerpo de un leproso. Como el muro de yeso donde las víboras han pasado, como el muro de yeso donde los escorpiones hicieron su nido. Como un sepulcro blanqueado lleno de inmundicias. ¡Es horrible, tu cuerpo es horrible!.. Enamorada estoy de tus cabellos, Iokanaan, de tus cabellos. Son como racimos de uva, de la uva morena que cuelga en las viñas del Edén, en el país lejano de los Edonitas. Se parecen á los cedros, los grandes cedros del Líbano, los cedros que dan sombra serena á los leones y á los ladrones. Las largas noches negras, las noches en que la luna no viene al mundo, en que las estrellas tienen miedo, no son tan negras; ni el silencio en las selvas. Nada hay en el mundo tan negro como tus cabellos... ¡Déjame tocar tus cabellos!

IOKANAAN. — ¡No me toques! ¡Atrás! Que tus manos, ¡oh, hija de Sodoma! no profanen el templo del Señor!

SALOME. — Horribles son tus cabellos. Están cubiertos de lodo y del polvo de los caminos. Se diría que una corona de espinas ciñe tu cabeza. Se diría que un nudo de serpientes negras se retuercen en torno de tu cuello. No amo tus cabellos... Estoy enamorada de tu boca, Iokanaan. Es como una franja de escarlata en una torre de marfil. Es como una granada cortada por un cuchillo de marfil. No son tan rojas las flores del

granado en los jardines de Tiro, más rojas que las rosas
El rojo grito del bronce que anuncia que llegan los re-
yes y engarza el pavor en el hombre enemigo... más
roja es tu boca. Más roja que los pies que en tiempo de
vendimia pisan el vino. Más roja que los pies de las pa-
lomas que están junto á las columnas de los templos.
Es como un gajo de coral en el crepúsculo del mar. El
bermellón que envían á los reyes las minas de Moab...
Nada hay tan rojo como tu boca. ¡Déjame besarla!

IOKANAAN. — ¡Jamás, hija de Babilonia! ¡Ja-
más, hija de Sodoma!

SALOME. — Besaré tu boca, Iokanaan, besaré tu
boca!

NARRABOTH. — ¡Princesa, princesa, tú que eres
como un puñado de mirra, tú que eres la paloma de las
palomas, no mires á ese hombre! No le hables así, no
puedo sufrirlo.

SALOME. — Besaré tu boca, Iokanaan; besaré tu
boca!

NARRABOTH. — (Se mata y cae entre Iokanaan
y Salomé).

SALOME. — Besaré tu boca, Iokanaan!

IOKANAAN. — ¿No tienes miedo, hija de He-
rodias?

SALOME. — Déjame besar tu boca, ¡tu boca!
Iokanaan.

IOKANAAN. — Hija adúltera, un sólo hombre
puede salvarte. Vé á buscarle. De él te hablé y lo
has de hallar en una nave en el pálido mar de Galilea,
y él habla á sus discípulos. Arrodíllate al borde de la
mar y llámale llorando por su nombre. Ha de venir
á tí como vá á todos los que le llaman con fervor de
espíritu. Prostérnate á sus pies y pídele el perdón de
tus pecados.

SALOME. — (Desesperada).— Besaré tu boca, Iokanaan!

IOKANAAN. — Maldita seas, hija del incesto, maldita seas!

(Desciende á la cisterna).

ESCENA IV

(Entrada de Herodes, Herodias y de toda la corte).

HERODES. — ¿Dónde está Salomé? ¿Dónde está la princesa? ¿Por qué no ha vuelto al festín como quise? ¡Ah, héla allí!

HERODIAS. — No la mires más, la miras siempre!

HERODES. — Extraña está la luna esta noche. Muy extraña, ¿no es cierto? Se diría una mujer histérica que á todas partes va á buscar amantes, ¿no es verdad que vacila como una mujer embriagada?

HERODIAS. — No. La luna se parece á la luna. Eso es todo. Volvamos.

HERODES. — Permaneceré aquí. Traed tapices. Alumbrad las antorchas. Seguiré bebiendo con mis huéspedes. ¡Ah, he resbalado! ¡he resbalado en sangre! Es un presagio funesto, ¿por qué hay sangre aquí? ¿Y ese cadáver? ¿por qué está aquí ese cadáver? ¿quién es? No quiero mirarlo.

PRIMER SOLDADO. — Es nuestro capitán, señor.

HERODES. — No lo he mandado matar.

PRIMER SOLDADO. — Su propia mano le mató.

HERODES.— Me parece extraño. Éste joven

sirio era bello... Recuerdo que le ví cierta vez mirando á Salomé con ternura y deseo... Sacadlo de aquí.

(Sacan el cadáver).

HERODES. — Hace frío y hay viento. ¿No es cierto que hay viento?

HERODIAS. — (Secamente). — No. No hay viento.

HERODES. — Hay viento, sí, sí. Y oigo en el aire una palpitación de alas, de alas gigantescas. ¿No no lo oyes tú también?

HERODIAS. — No oigo nada.

HERODES. — Ha cesado; yo tampoco lo oigo ya pero estoy seguro del ruido. Sin duda era el viento. Ha pasado... No, vuelve á turbar el silencio. ¿No lo oyes? Son alas que se agitan.

HERODIAS. — Estás enfermo. Volvamos.

HERODES. — No estoy enfermo. Tu hija en cambio tiene un semblante extraño, de enferma. Nunca la ví tan pálida.

HERODIAS. — Te dije que no la miraras.

HERODES. — Verted vino. Ven, Salomé, y á mi lado bebe el vino, bébelo conmigo. Tiene una suprema exquisitez: envió del César. Humedece en él los labios, tus pequeños labios rojos y yo vaciaré la copa en seguida.

SALOMÉ. — No tengo sed, tetarca.

HERODES. — Oye cómo me contesta tu hija.

HERODIAS. — Tal vez tenga razón. ¿Por qué la miras tanto?

HERODES. — Traed frutas, (traen frutas)—Ven Salomé y muerde á mi lado las frutas olorosas. Me alegra ver en las frutas la mordedura de tus dienteci-

llos. Toma de ésta un bocado como un pétalo y yo comeré el resto.

SALOME. — No quiero comer, tetrarca.

HERODES.—(A Herodias). — Vé cómo has educado á tu hija.

HERODIAS. — Mi hija y yo descendemos de raza de reyes. Tu padre en cambio cuidaba camellos. Por lo tanto era un ladrón.

HERODES. — Siéntate á mi lado, Salomé. Y te he de dar el trono de tu madre.

SALOME. — No estoy cansada, tetrarca.

HERODIAS. — Estás oyendo cómo piensa de tí.

HERODES. — Traed... ¿qué es lo que quiero? No lo sé Ah! ah! Ya recuerdo...

LA VOZ DE IOKANAAN. — Llegó lo que predije. Este es el día.

HERODIAS. — Hazle callar. No cesa de injuriarme.

HERODES. — Nada ha dicho contra tí. Es un gran profeta.

HERODIAS. — No creo en los profetas. Estoy segura de que le temes.

HERODES. — No temo á nadie, yo.

HERODIAS. — Sí, tienes miedo de él. ¿Por qué no lo entregas á los judíos que desde hace seis meses te lo piden?

PRIMER JUDIO. — En verdad, Señor, más valdría entregárnoslo.

HERODES. — ¡Basta! Basta! No quiero entregarlo. Es un santo. Un hombre que ha visto á Dios.

PRIMER JUDIO. — Ah!, es imposible: nadie ha visto á Dios, desde los tiempos del profeta Elías hasta nosotros. El último que vió á Dios, fué Elías. Ahora Dios ya no se deja ver. Se oculta y esto significa que

hay grandes desgracias en el país, grandes desgracias.

SEGUNDO JUDIO. — En resumen, no se sabe tampoco si el profeta Elías ha visto á Dios realmente. Más bien sería la sombra de Dios.

TERCER JUDIO. — Dios no se oculta jamás. Se muestra siempre y en toda cosa. Está en el mal y en el bien.

CUARTO JUDIO. — No conviene afirmarlo en esa forma. Es una peligrosa idea de Alejandria, y los griegos son gentiles.

QUINTO JUDIO. — Nadie puede saber cómo obra Dios, su voluntad germina en el misterio. Lo necesario es someterse á todo. Dios es muy fuerte.

PRIMER JUDIO. — Una gran verdad. Dios es terrible. Pero ese hombre nunca ha visto á Dios. Después del profeta Elías nadie ha visto á Dios. Es el último que ha visto á Dios. En este tiempo no se deja ver, se oculta: hay grandes desgracias en el país. Es el último que ha visto á Dios.

SEGUNDO JUDIO. — En resumen, no se sabe tampoco si el profeta Elías ha visto á Dios realmente. Más bien sería la sombra de Dios. Dios es terrible. Quebranta al mismo tiempo á los débiles y á los fuertes.

TERCER JUDIO. — Dios no se oculta jamás. Se muestra siempre y en toda cosa. Está en el mal y en el bien.

CUARTO JUDIO. — (Al tercer judío). — No conviene afirmarlo en esa forma. Es una peligrosa idea de Alejandria y los griegos son gentiles. Nadie puede saber cómo obra Dios. Dios es muy fuerte. Quebranta á los débiles y á los fuertes. Dios es fuerte.

QUINTO JUDIO. — Nadie puede saber cómo obra Dios. Su voluntad germina en el misterio. Tal vez lo que llamamos el mal es el bien y lo que llamamos el bien es el mal. No se cuida de nadie.

HERODIAS. — (A Herodes). — Hazles callar. Me dan aburrimiento.

HERODES. — He oído decir que el mismo Iokanaan es vuestro profeta Elías.

PRIMER JUDIO. — No puede ser. Desde el tiempo del profeta Elías se han deslizado trescientos años.

SEGUNDO, TERCERO, CUARTO Y QUINTO JUDIO. — ¡No! ¡No es el profeta Elías!

HERODIAS. — Hazles callar.

LA VOZ DE IOKANAAN. — ¡Mirad, mirad la claridad del día, del día del Señor, llega por fin el día del Señor y escucho caminando en las montañas los santos pies del Salvador del mundo!

HERODES. — ¿Qué quiere decir? ¡Ei salvador del mundo!

PRIMER NAZARENO. — Ha llegado el Mesías.

PRIMER JUDIO—(Con espanto). — ¡No ha llegado el Mesías, no!

PRIMER NAZARENO. — Ha llegado y doquiera los milagros florecen. En unas bodas en la Galilea trocó el agua en vino. Por sus manos los ciegos ven y sobre una montaña se le ha visto hablando con los seres alados, los ángeles.

SEGUNDO NAZARENO. — Por sus manos se torna pura la carne de los leprosos.

HERODIAS. — ¡Oh! ¡oh!, no creo en los milagros. He visto demasiados.

PRIMER NAZARENO. — La hija de Jaira estaba muerta. El la resucitó.

HERODES—(Con espanto). — ¡Ah! ¿Resucita á los muertos?

PRIMERO Y SEGUNDO NAZARENO. — Si, Señor, resucita á los muertos.

HERODES. — No quiero que haga eso. ¡Si los muertos volvieran! ¿Dónde está ahora ese hombre?

PRIMER NAZARENO. — En todas partes, Señor, pero es muy difícil encontrarlo.

HERODES. — Es preciso encontrarlo.

SEGUNDO NAZARENO. — Se dice que está en Samaria.

PRIMER NAZARENO. — Dejó á Samaria hace varios días. Creo que en este momento está en los alrededores de Jerusalén.

HERODES. — De todos modos, no permito que resucite á los muertos... ¡Si los muertos volvieran!

LA VOZ DE IOKANAAN. — ¡Prostituída! ¡impúdica! ¡Hija de Babilonia! He aquí la palabra del Señor. Contra ella vengan multitudes de hombres. Que el pueblo la lapide.

HERODIAS—(Furiosa). — ¡Es monstruoso! Hacedle callar. ¡Es infame!

LA VOZ DE IOKANAAN. — Borrará así los crímenes de la faz de la tierra y las mujeres no la imitarán en su abominación é iniquidades.

HERODIAS. — ¿No le oyes gritar contra mí? ¿Dejas que insulte á tu esposa?

HERODES. — No ha dicho tu nombre.

LA VOZ DE IOKANAAN—(Solemne). — Ennegrecerá el sol en ese día, la luna será sangre y las estrellas caerán del cielo sobre el terror callado de la tierra como los higos verdes de la higuera. Y ese día los reyes tendrán miedo.

HERODIAS. — ¡Ah! Ese profeta habla como un ebrio... No puedo soportar sus palabras. Las aborrezco. Ordena que se calle.

HERODES. — Danza para mí, Salomé.

HERODIAS—(Riendo). — Mira cómo te obedece.

SALOME—(Tranquila). — No tengo ganas de dance.

HERODIAS—(Con violencia). -- No quiero que danzar, tetarca.

HERODES. — Salomé, hija de Herodias, danza para mí.

SALOME. — No danzaré, tetarca.

LA VOZ DE IOKANAAN. — Estará en la soberbia de su trono vestida de escarlata y de púrpuras. Llegará un ángel del Señor á herirle. Y vendrán á comerle los gusanos.

HERODES. — Danza para mí, Salomé, Salomé. Esta noche estoy triste. Danza para mí, Salomé, te lo suplico. Pídeme lo que quieras y te lo daré.

SALOME—(Levantándose). — ¿Me darás todo lo que te pida, tetarca?

HERODIAS. — No dances, hija mía.

HERODES. — Todo lo que pidas te daré, aunque fuese la mitad de mi reino.

SALOME. — ¿Lo juras, tetarca?

HERODES. — Lo juro Salomé.

SALOME. — ¿Por qué cosa lo juras, tetarca?

HERODES. — Por mi vida, mi corona, mis dioses... Salomé, Salomé danza para mí.

HERODIAS. — No dances, hija mía.

SALOME. — Lo has jurado, tetarca.

HERODES. — Lo he jurado, Salomé.

HERODIAS. — No dances, hija mía.

HERODES. — Aunque fuese la mitad de mi reino. Como reina, como reina serás bella. (Temblando). Hace frío, un viento, frío y oigo... ¿Por qué oigo flotando en las sombras un ruido de alas? Se diría que hay un pájaro, un gran pájaro negro que da vuelta.

en lo obscuro, encima de nuestras cabezas, ¿por qué no puedo verlo? Misterioso y espantable es el ruido de sus alas. Es un viento frío... No, no hay frío. Hace demasiado calor. Echadme agua en las manos y dadme á beber agua con nieve. Desprendedme mi manto. ¡Pronto! ¡pronto! No, dejadlo. Es la corona lo que me incomoda. Estas flores están hechas de fuego. (Se saca la corona y la arroja sobre la mesa). ¡Por fin estoy bien! ¿No danzas, Salomé?

HERODIAS. — No quiero que dance.

SALOME. — Danzaré para tí, tetrarca.

LA VOZ DE IOKANAAN. — ¿Quién es aquél que viene de Edón? ¿quién es aquél que viene de Bosra con su túnica en púrpura teñida, que brilla en la belleza de su túnica y va por el camino con una fuerza todopoderosa? ¿por qué están tus vestidos rebosando el color de la escarlata?

HERODIAS. — Entremos. Me irrita la voz de ese hombre. No quiero que dance mi hija mientras él grita. No quiero que dance mientras tú la miras así. No quiero que dance.

HERODES. — Reina, no te levantes, es inútil. No entraré hasta que no haya danzado. Danza para mí, Salomé, Salomé.

HERODIAS. — No dances, hija mía.

SALOME. — Empiezo, tetrarca.

LA DANZA DE SALOME

Los músicos empiezan á ejecutar una música desenfundada. Salomé inmóvil al principio, se yergue y hace un signo á los músicos, los cuales por una transición rápida cambian el ritmo impetuoso por una melodía dulcemente lánguida. Salomé inicia "la danza de los siete velos". Parece que por un momento la danzarina se debilita y decae en el impulso de sus movimientos y en seguida se entrega á un vértigo nuevo. Permanece un momento como en éxtasis al borde de la cisterna de Iokanaan y se precipita á los pies de Herodes.

HERODES. — ¡Magnífico! ¡Supremamente magnífico! (A Herodías). Tu hija ha danzado para mí. Acércate, Salomé. Acércate para que pueda darte tu premio. Te pagaré bien, sí. Te daré todo lo que quieras, ¿qué quieres?

SALOME—(Dulcemente). — En una fuente de plata...

HERODES—(Sonriendo). — ¿En una fuente de plata? Sí, sí... en una fuente de plata. ¿Qué quieres que te traigan en una fuente de plata, Salomé, bella, querida, la más bella de todas las hijas de Judea? ¿Qué quieres que te traigan? Dímelo. Se te dará lo que pidas. Mis tesoros te pertenecen. ¿Qué es, Salomé?

SALOME. — (Levantándose) La cabeza de Iokanaan.

HERODES. — No. No.

HERODIAS. — ¡Ah! Bien pediste, hija mía.

HERODES. — No, no, Salomé, no me pidas eso.

No escuches á tu madre. Siempre te dará malos consejos. No la escuches.

SALOME. — No escucho á mi madre. Es por contentado y alegría de mi corazón que te pido la cabeza de Iokanaan, en una fuente de plata. Lo has jurado, Herodes; no olvides que lo has jurado.

HERODES. — Lo sé. Lo he jurado por mis juramentos, pero te suplico Salomé, que me pidas otra cosa. Fuese la mitad de mi reino y yo te la daría.

SALOME. — Te pido la cabeza de Iokanaan.

HERODES. — No, no quiero.

SALOME. — Sí, lo has jurado, Herodes.

HERODIAS. — Sí, lo has jurado. Todo el mundo lo ha oído.

HERODES. — No hablo á tí. Cállate.

HERODIAS. — Tiene razón mi hija, si pide la cabeza de ese hombre. Ha vomitado insultos contra yo y Salomé ama á su madre. No desistas, hija mía, cedas. Lo ha jurado.

HERODES. — Cállate, no me hables.... Vamos, Salomé, sé razonable. Salomé, siempre te he amado... Quizás te he amado demasiado. No me des eso. ¿No es cierto que una cabeza cortada es una cosa repugnante? Escúchame un instante. Tengo una esmeralda. Es la esmeralda más grande que han visto los hombres. ¿No es verdad que la quieres? Pídemela te la daré... Es la esmeralda más grande.

SALOME. — Quiero la cabeza de Iokanaan.

HERODES. — Escúchame... escúchame... ¡jame hablar, Salomé.

SALOME. — La cabeza de Iokanaan.

HERODES. — Me dices eso para darme por que te he mirado toda la noche. Tu belleza me ha turbado hasta el dolor. ¡Oh! dadme vino.

omé, seamos amigos... ¿qué te decía? ¿qué te estaba diciendo?... ¡Ah!... Tú has visto Salomé, mis pavos reales blancos, mis bellos pavos reales, que se pasean entre los mirtos del jardín. Son aves maravillosas. No hay rey en el mundo que posea parecidos. Tengo cien. Te los doy todos.

SALOME. — Dadme la cabeza de Iokanaan.

HERODIAS. — Sí, hija mía, la cabeza. Y tú eres en verdad, ridículo con tus pavos reales.

HERODES. — Cállate. Gritas siempre como un pájaro de rapiña. Me fastidias. Cállate... Piensa en lo que haces, Salomé. Quizás este hombre viene de Dios. Estoy seguro; es un santo. La mano de Dios lo ha ungido. Salomé, tú no querrás que me llegue una desgracia. Escúchame.

SALOME. — Dadme la cabeza de Iokanaan.

HERODES. — Pero, escúchame, ¿no ves que no me escuchas? Quédate tranquila. Yo estoy muy tranquilo. Oye: tengo joyas ocultas que ni aun tu madre ha visto jamás, joyas extraordinarias. Tengo un collar de cuatro hileras de perlas. Tengo topacios amarillos como los ojos de los tigres, topacios rosados como los ojos de las palomas, topacios verdes como los ojos de los gatos. Tengo ópalos que queman con una llama fría. Todos te los daré, todos, todos. (Cada vez más excitado). Tengo crisolitas y rubíes, tengo crisopacios y berilos. Tengo sardónicas, jacintos y calcedonias. Todo te lo daré y aun agregaré otras cosas. Tengo un cristal que las mujeres no pueden ver. Y en un cofrecillo de nácar tengo tres turquesas maravillosas. Cuando se las lleva en la frente se pueden imaginar cosas que no existen. Son tesoros de valor inefable... ¿qué quieres Salomé? Te daré todo lo que me pidas, salvo una cosa. Te daré todo lo que poseo, salvo una vida. Te daré el manto del gran sacerdote. Te daré el velo del santuario!..

LOS JUDIOS. — ¡Oh!, ¡oh!, ¡oh!

SALOME.—(Cruel). — Dame la cabeza de Iokanaan.

HERODES. — (Dejándose caer en su asiento, desalentado). — ¡Que se la den! Es, en verdad, la hija de su madre. (Herodias toma de la mano del tetrarca el anillo de la muerte y se lo dá al primer soldado que va á llevárselo al verdugo inmediatamente). ¿Quién me ha sacado el anillo? (El verdugo baja á la cisterna). Había un anillo en mi mano derecha. ¿Quién ha bebido mi vino? Había vino en mi copa. Estaba lleno de vino. Alguien lo ha bebido. Siento que una desgracia caerá sobre alguno.

HERODIAS. — Me parece que mi hija ha hecho bien.

SALOME.—(Se inclina junto á la cisterna y escucha). — Ni un ruido. No oigo nada... ¿Por qué ruge ese hombre? ¡Ah! Si alguien tratase de matarme yo gritaría, me rebelaría, no querría sufrir... Hierre, hierre, Maaman, ¿no oyes? ¡Hierre! ¡Ah! Algo ha caído al suelo. He oído caer alguna cosa. Era la espada del verdugo: el esclavo tiene miedo. Ha dejado caer su espada, no se atreve á matarlo. Es un cobarde. Es preciso enviar soldados. (Vé al paje de Herodias y le llama). Ven. Tú eras amigo del muerto, ¿no es cierto? Y bien: no ha habido bastantes muertos aun. Dí á los soldados que bajen y que me traigan lo que pido. Lo que el tetrarca me ha prometido, lo que me pertenece. (El paje retrocede. Ella llama á los soldados). Venid soldados. Bajad y traedme la cabeza de ese hombre. (Los soldados retroceden). Tetrarca, tetrarca, mandad á tus soldados que me traigan la cabeza de Iokanaan. (Un gran brazo negro, el brazo del verdugo surge de la cisterna trayendo en un escudo de plata la cabeza de Iokanaan. Herodes se envuelve la cabeza con el manto. Herodias sonrío y se abanica. Los nazarenos...

rodillan y empiezan á rezar. Salomé se apodera de la
beza). No quisiste dejarme besar tu boca, Iokanaan,
bien! ¡Ahora la besaré! La morderé con mis dientes,
morderé con mis dientes como se muerde á un fruto
duro. Besaré tu boca, Iokanaan. Te lo dije, te lo
e. oh, besaré tu boca!... ¿por qué no me miras, Io-
naan? Tus ojos tan terribles y tan llenos de cólera
desprecio ¡están cerrados! ¿Por qué están cerrados?
bre tus ojos, levanta los párpados, Iokanaan. ¿Por
é no me miras? ¿Tienes miedo de mí?... Y tu lengua
á inmóvil, víbora roja que tanto veneno vomitó so-
e mí. Es extraño, ¿no es cierto? ¿Por qué está in-
óvil la víbora roja? ¡Me has tratado como á una cor-
sana, á mí, Salomé, la hija de Herodias, princesa de
dea! ¡Y ahora, Iokanaan, he aquí una cosa mía!
uedo hacer de ella lo que quiera. Puedo arrojarla á
s perros y á las aves. Lo que dejen los perros lo co-
erán las aves... Tu eras bello, Iokanaan, ¡eras be-
! Tu cuerpo era una columna de marfil sobre un
nto de plata. Era un jardín blanco de palomas y de
ios, de lirios de plata. Nada había tan blanco como
cuerpo; nada tan negro como tus cabellos. Nada ha-
a tan rojo como tu boca. Tu voz era un incensario,
l cual volaban perfumes turbadores y cuando te mi-
ba oía una música cara. ¡Oh, Iokanaan! ¿Por qué
me miraste? Pusiste sobre tus ojos la venda de aque-
e quiere ver á su Dios. Y á tu Dios lo viste, Ioka-
an, pero á mí, á mí... nunca me viste. Si me hubie-
s visto, me habrías amado... Tengo sed de tu belle-
. Tengo hambre de tu cuerpo. Ni el vino ni las fru-
s podrán apaciguar mi deseo infinito. ¿Que haré aho-
e, Iokanaan? Ni los grandes ríos podrían extinguir mi
sión ¡Ah! ¿Por qué no me miraste? Si me hubieras
rado me habrías amado. Siento que me habrías ama-
y que el misterio del amor es más grande que el
sterio de la muerte.

HERODES. — (En voz baja á Herodia). — Es un monstruo, tu hija, un monstruo.

HERODIAS. — Apruebo lo que mi hija ha hecho y quiero ahora permanecer aquí.

HERODES. — ¡Habla la esposa incestuosa! Ven. No quiero quedarme aquí. (Violento). Ven. Sienta que la desgracia se acerca. Ocultémonos en nuestro palacio. Empiezo á tener miedo.

(Una gran nube negra pasa delante de la luna y la oculta completamente).

HERODES. — Manasses, Isachar, Ozías, apaga las antorchas. Ocultad la luna. Ocultad las estrellas (La escena se obscurece completamente). Una desgracia viene).

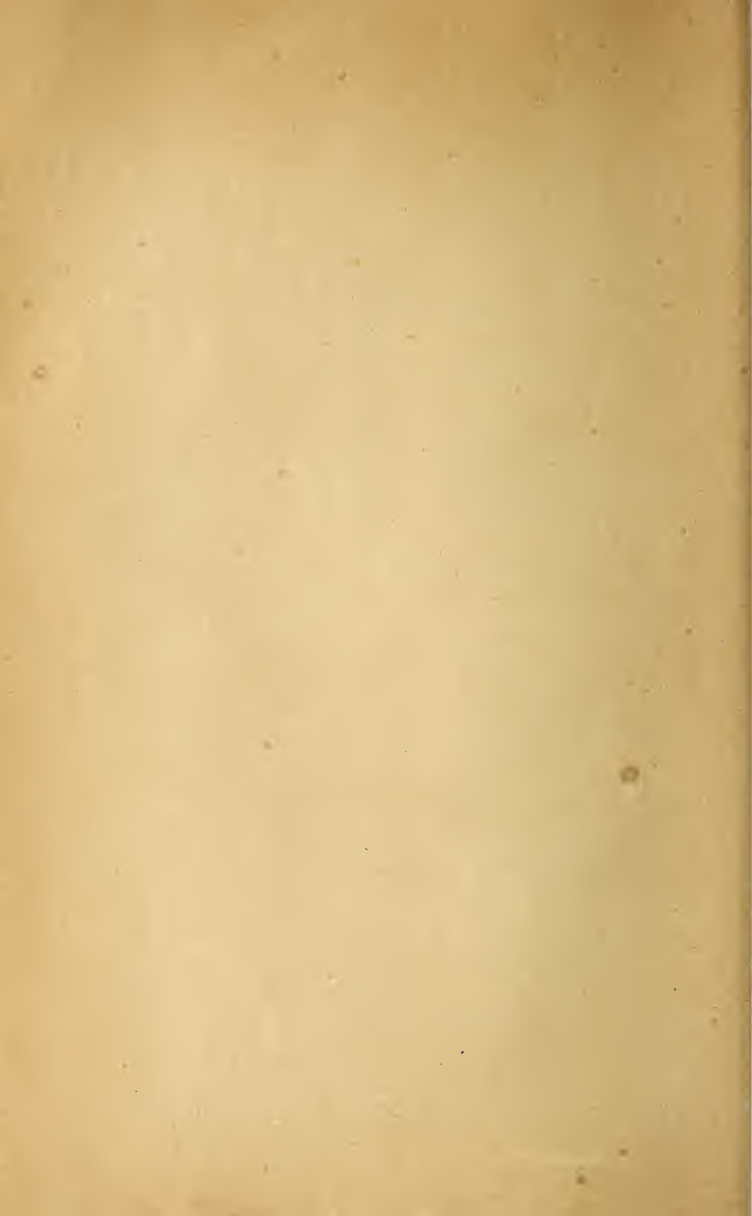
SALOME. — (Fatigada). — He besado tu boca, Iokanaan, he besado tu boca. Un sabor acre vagaba en tus labios. ¿Era el sabor de la sangre?... O es quizás el sabor del amor. Se dice que el amor tiene un acre sabor. Pero, ¿qué importa? ¿Qué importa? He besado tu boca, Iokanaan, he besado tu boca, Iokanaan.

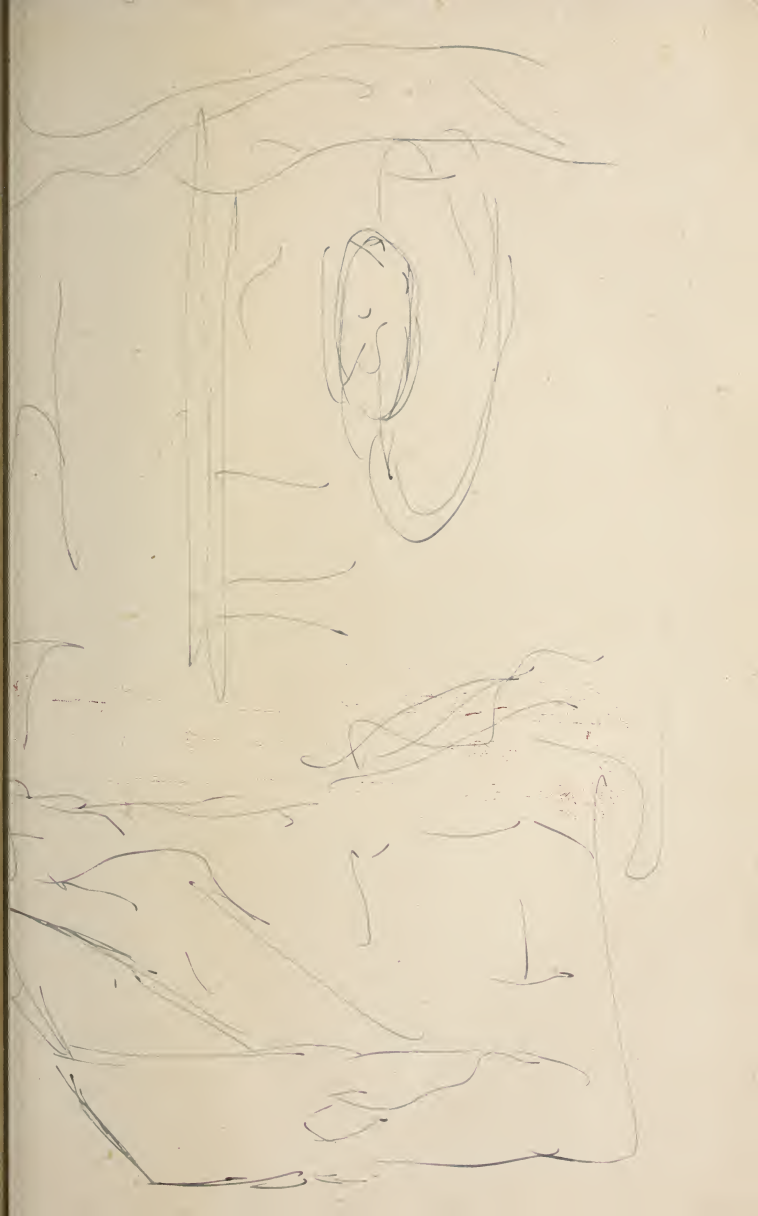
(Un rayo de luna cae sobre Salomé y la alumbra).

HERODES—(Se vuelve y vé á Salomé. — ¡Maldad á esa mujer!

(Los soldados se arrojan sobre ella y la aplastan bajo sus pesados).









IMPRESA CÚNEO, CUYO 357, BUENOS AIRES